

## 2. Getsemaní y el arresto de Jesús

Juan 18:1-14

El último día de Jesús en la tierra

Enlace al vídeo de YouTube subtítulo en 70 idiomas: <https://youtu.be/GLBuK6QlBnU>

### Getsemaní: el lugar del lagar de aceitunas

Al comenzar el capítulo dieciocho del Evangelio de Juan, imaginemos la escena. Jesús termina su oración en Juan 17 y cruza el valle de Cedrón, entre el Templo y el Monte de los Olivos. El historiador judío Josefo menciona que se sacrificaron 256 500 corderos en el Templo durante la Pascua en un solo año, entre los años 66 y 70 d. C. (Guerras judías 6.9.3). La sangre de los animales sacrificados se dirigía al valle de Cedrón, situado al este del Monte del Templo en Jerusalén. Durante la fiesta de la Pascua, los pensamientos de sacrificio y redención habrían llenado las mentes del pueblo judío. Israel seguía un calendario lunar, por lo que la Pascua se celebraba durante la luna llena, lo que ayudó a Jesús y a los once a ver mientras subían las laderas del Monte de los Olivos. El apóstol Juan escribe que Jesús entró en un huerto (v. 1), pero solo Mateo y Marcos mencionan el nombre de ese huerto: Getsemaní. R. Kent Hughes ha hecho algunas comparaciones interesantes entre el jardín del Edén y el huerto de Getsemaní.

- El primer Adán comenzó su vida en un jardín. Cristo, el último Adán, llegó a un jardín al final de su vida.
- En el Edén, Adán pecó. En Getsemaní, el Salvador venció al pecado.
- En el Edén, Adán cayó. En Getsemaní, Jesús venció.
- En el Edén, Adán se escondió. En Getsemaní, nuestro Señor se presentó con valentía.
- En el Edén, se desenvainó la espada (Génesis 3:24). En Getsemaní, se envainó.<sup>1</sup>

En este jardín, Jesús solía pasar la noche con sus discípulos y enseñaba temprano por la mañana en los atrios del templo (Juan 18:2). Algunos se preguntan por qué no se quedó con Lázaro, María y Marta al otro lado del Monte de los Olivos, en Betania. Después de todo, sabemos que eran amigos íntimos de Jesús. Es posible que Cristo quisiera protegerlos del juicio de los líderes religiosos. Jesús ya había atraído la atención y la desaprobación de los fariseos, y cualquiera que se le viera asociado con Él corría el riesgo de pagar un alto precio, incluso ser expulsado de la sinagoga (Juan 9:22).

El Monte de los Olivos recibió su nombre por los numerosos olivos que crecían, y aún crecen, en sus laderas. Getsemaní significa «lugar de la prensa de aceitunas» y probablemente era un jardín privado rodeado por un muro; es posible que su propietario se dedicara a la extracción de aceite de oliva. No sabemos a qué altura del Monte de los Olivos se encontraba el jardín, pero el humo que se elevaba del sacrificio vespertino en el altar, a unos ochocientos o novecientos metros de distancia en el Monte del Templo, podía verse desde cualquier lugar de las laderas de la montaña.

---

<sup>1</sup> R. Kent Hughes. *Juan, para que creas. Serie Predicando la Palabra*. Publicado por Crossway, página 414.

Juan no da detalles sobre la lucha en la oración que experimentó Jesús, por lo que para comprender plenamente el relato de Getsemaní, debemos remitirnos al Evangelio de Lucas y revisar la narración de Juan sobre el arresto.

<sup>39</sup> Jesús salió como de costumbre al Monte de los Olivos, y sus discípulos le siguieron. <sup>40</sup> Al llegar al lugar, les dijo: «Orad para que no caigáis en tentación». <sup>41</sup> Se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra, se arrodilló y oró: <sup>(42)</sup>«Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». <sup>(43)</sup>Se le apareció un ángel del cielo que le fortalecía. <sup>(44)</sup>Y, angustiado, oraba más intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que caían al suelo. <sup>(45)</sup> Cuando se levantó de la oración y volvió a los discípulos, los encontró dormidos, agotados por la tristeza. <sup>(46)</sup> «¿Por qué dormís?», les preguntó. «Levantaos y orad, para que no caigáis en tentación» (Lucas 22:39-46).

En el huerto, vemos el estado de ánimo y el corazón de nuestro Salvador durante las últimas horas de su vida terrenal. La tensión espiritual a la que se enfrentaba era tan grande que necesitó que un ángel le fortaleciera (Lucas 22:43).

¿Cuánto crees que sabía Jesús sobre lo que iba a suceder? Sabía que «había llegado su hora», pero ¿crees que era consciente de todo lo que iba a ocurrir? Solo podemos especular.

Su arresto no fue una sorpresa para Jesús; sabía cuánto tiempo tenía para orar y no pensó en escapar o evitar lo que se avecinaba, sabiendo que había llegado su hora de glorificar al Padre (Juan 17:1). En esta visión íntima y personal de nuestro Salvador en el huerto, vemos su extrema angustia, como lo demuestra su sudor, como gotas de sangre (v. 44). Se estaba preparando a sí mismo, así como a sus discípulos, para sus últimas horas. Jesús eligió intencionadamente este lugar; no fue casualidad que viniera a este huerto. Consideremos el significado del lugar. El aceite de oliva se utilizaba para encender lámparas. Parece significativo que la Luz del Mundo fuera a sufrir una experiencia aplastante y opresiva en Getsemaní.

### **No mi voluntad, sino la tuya**

Jesús nos dijo que, como cristianos, somos la luz del mundo, así como Cristo es la Luz del Mundo (Mateo 5:14). Si quieres brillar intensamente para Dios, ten en cuenta que tal vez tengas que soportar la oscuridad de una experiencia como la de Getsemaní. Durante ese tiempo oscuro, puede que tengas que tomar decisiones espirituales, ya sea renunciar a tu voluntad en favor de Cristo o elegir la autopreservación. Si decimos, como lo hizo Jesús: «No se haga mi voluntad, sino la tuya», entonces debemos confiar en Dios con respecto al camino y el resultado. En esta experiencia de presión y quebrantamiento, serás tentado a rendirte a tu naturaleza carnal en lugar de someter tu voluntad a Cristo. Aunque el Camino de la Cruz es difícil y a veces trae dolor, produce mucho fruto. También es el camino hacia la gran alegría y el triunfo, como lo demostró Jesús.

Podemos suponer que cuanto más nos acercamos a la madurez espiritual (la edad adulta) en nuestra vida cristiana, más fácil es escuchar la voz del Espíritu. Sin embargo, hay momentos en los que Dios deja que un creyente maduro tome decisiones espirituales bajo la atenta mirada de Aquel que se complace en la fe. El Señor a menudo nos permite tomar una decisión en lugar de decirnos qué hacer. ¿Por qué Dios nos deja la decisión a nosotros? ¿Alguna vez has deseado que Dios te dejara

las cosas muy claras? Muchos de nosotros podemos identificarnos con el discípulo Tomás. Cuando le hablaron de la resurrección de Cristo, Tomás no pudo creerlo hasta que tuvo pruebas. Para él, ver era creer. A menos que viera las marcas de los clavos en las manos e es de Jesús, pusiera su dedo donde estaban los clavos y metiera su mano en su costado, Tomás no creería (Juan 20:25). El Señor fue muy misericordioso con él y se le apareció en forma corporal para que pudiera hacerlo. Jesús le dijo: «**Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no han visto y sin embargo han creído**» (Juan 22:29).

En nuestra experiencia humana, buscamos pruebas en las que basar nuestra fe, como pruebas sensoriales, algo que vemos o experimentamos. Estamos acostumbrados a interpretar la verdad de esta manera, pero el Señor desea agudizar nuestros sentidos espirituales para que aprendamos a tomar decisiones basadas en la fe. Este tipo de fe agrada a Dios, es decir, una fe que no ha visto pruebas, pero que aún así confía de todo corazón. En su humanidad, y con todas las fuerzas invisibles del mal tratando de influir en sus decisiones, Jesús decidió: «**Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya**» (Lucas 22:42).

### **Abrumado por la tristeza hasta el punto de la muerte**

Cuando llegaron a Getsemaní, Jesús se alejó un poco de ellos y comenzó a orar de rodillas (Lucas 22:41). Mateo escribe que, en ocasiones, su postura era estar tumbado con la cara hacia el suelo en ferviente oración.

<sup>37</sup> Tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. <sup>38</sup> Entonces les dijo: «Mi alma está abatida por la tristeza hasta el punto de morir. Quedaos aquí y velad conmigo». (<sup>39</sup>) Y avanzando un poco más, se postró sobre su rostro y oró diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Mateo 26:37-39; énfasis añadido).

La frase «**abrumado por la tristeza hasta el punto de morir**» (v. 38) describe el estado emocional más profundo que puede soportar un alma viviente. Marcos describe a Jesús como «**profundamente angustiado y afligido**» (Marcos 14:33). El Señor pidió a sus discípulos que velaran con él.

¿Por qué los discípulos de Jesús no pudieron permanecer despiertos para velar? ¿Qué factores llevaron a los discípulos a quedarse dormidos cuando Él necesitaba que oraran? ¿Has experimentado un momento doloroso como el de Getsemaní en tu vida? ¿Qué resultados positivos se derivaron de ese momento?

Para Jesús, este fue un momento de batalla espiritual y de intenso sufrimiento físico. Los discípulos no pudieron permanecer despiertos, tal vez porque también se enfrentaban a una guerra espiritual, además de estar agotados y emocionalmente agotados, y no querían afrontar lo que estaba sucediendo. Lucas describió a Jesús como «**angustiado, oraba más intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que caían al suelo**» (Lucas 22:44). La palabra griega traducida como «angustia» es el origen de nuestra palabra «agonía». Esta palabra se utiliza para referirse a alguien que libra una batalla con puro miedo.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> William Barclay. *The Daily Study Bible, The Gospel of Luke*. Saint Andrew Press Publishers, página 271.

Jim Bishop, en su libro *El día en que Cristo murió*, comenta sobre su sudor como gotas de sangre:

Desde el punto de vista médico, esto se denomina *hematidrosis*. Se produce cuando el miedo se acumula sobre el miedo, cuando una agonía de sufrimiento se suma a un sufrimiento anterior hasta que la persona altamente sensibilizada ya no puede soportar el dolor. En ese momento, el paciente suele perder el conocimiento. Cuando eso no ocurre, los capilares subcutáneos a veces se dilatan tanto que, al entrar en contacto con las glándulas sudoríparas, los pequeños capilares revientan. La sangre se exuda con la transpiración y, por lo general, esto ocurre en todo el cuerpo.<sup>3</sup>

Una situación similar ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los aviones alemanes bombardearon Londres noche tras noche en lo que se conoció como el Blitz. Los constantes bombardeos alemanes causaron varios casos de hematidrosis entre los londinenses, que se vieron obligados a vivir en estaciones de metro mientras escuchaban caer las bombas y sentían cómo temblaba el suelo. El miedo y el estrés hicieron que algunas personas sudaran sangre.

Algunos creen que las palabras de Lucas, «su sudor era como gotas de sangre», no significan que Jesús sangrara por las glándulas sudoríparas. Piensan que solo eran grandes gotas de sudor. Siguiendo este razonamiento, afirman que la interpretación correcta es que su estrés le hizo sudar más de lo habitual. Sin embargo, si eso es cierto, ¿por qué se menciona la sangre? No fue la temperatura elevada lo que hizo sudar a Cristo, porque unas horas más tarde, esa misma noche, hacía tanto frío que Pedro se calentó junto al fuego entre los captores de Jesús en el patio de Caifás. Jesús no sudaba porque tuviera calor, sino por la energía de sus fervientes oraciones o, posiblemente, por el miedo o el estrés. Si sudaba sangre a la luz de la luna, podría haber sido visible en su túnica cuando se acercó a los discípulos. Dejo que ustedes decidan qué interpretación les parece más creíble. Yo creo que las Escrituras mencionan gotas de sangre porque Él estaba sudando sangre.

Mateo escribió sobre una copa que Cristo necesitaba beber: «Padre mío, si es posible, que esta copa se aleje de mí. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Mateo 26:39).

¿Qué quiere decir Jesús cuando dice: «Que esta copa se aleje de mí» (Lucas 22:42)? ¿Qué simbolizaba la copa y por qué el Señor quería que se alejara de Él?

¡Despierta, despierta! Levántate, oh Jerusalén, tú que has bebido de la mano del Señor la copa de su ira, tú que has vaciado hasta las heces la copa que hace tambalear a los hombres (Isaías 51:17).

La copa simbolizaba la ira de Dios derramada sobre el pecado. En el jardín del Edén, una maldición cayó sobre la humanidad cuando el primer hombre, Adán, pecó. Merecemos la muerte espiritual y la separación de Dios debido a nuestros pecados, nuestra rebelión y las decisiones equivocadas que todos hemos tomado. En el jardín del Edén, Dios le dijo a Adán que cuando comiera del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, seguramente moriría. Adán no murió físicamente el día que comió del Árbol del Conocimiento, pero fue separado espiritualmente de Dios, creando una barrera entre Dios y el hombre; esto era un estado de muerte a los ojos de Dios. El profeta Ezequiel

<sup>3</sup> Jim Bishop. *El día en que Cristo murió*. Harper San Francisco Publishers, página 169.

habló de este castigo debido al pecado cuando dijo: «El alma que peca es la que morirá» (Ezequiel 18:4, 20).

Si hubiera habido otra forma de lograr la redención, el Padre la habría elegido. No había otra alternativa que sacrificar al amado Hijo de Dios en la humillación, el intenso sufrimiento físico y emocional y la tortuosa muerte en la crucifixión. No había otra solución para la justicia y el amor de Dios. El cristianismo es único en este sentido, ya que demuestra la gracia de Dios como ninguna otra religión. Solo había UNA MANERA, y consistía en que Dios mismo se convirtiera en el sustituto. Se tenía que hacer un sacrificio perfecto. Jesús fue el único sacrificio suficiente para nuestra expiación. En todas las demás religiones, el hombre debe seguir un conjunto de reglas para satisfacer las exigencias de su dios, pero ninguna regla puede llenar el vacío interior del corazón del hombre en busca de perdón.

Aquí vemos revelado el amor de Dios, ya que fue el Señor quien planeó la Operación Redención. En la persona de Su Hijo, Dios mismo pagó el rescate sustitutivo: el precio sacrificial de la muerte por el pecado. El precio es gratuito para nosotros, pero no barato; nuestra liberación del pecado le costó a Dios a Su Hijo. Él tomó el lugar del hombre. El juicio fue firme y justo: el alma que peca morirá, pero Jesús, el Hijo de Dios, tomaría nuestro lugar, es decir, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.

**Porque Cristo murió por los pecados de una vez por todas, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Fue muerto en el cuerpo, pero vivificado por el Espíritu (1 Pedro 3:18).**

El amor de Dios dijo «no» a la oración de Jesús para que le fuera quitada la copa; esta fue la única vez que una oración de Cristo fue rechazada. No había otra manera sino que Él tomara la copa y la bebiera hasta las heces.

**En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en el que podamos ser salvos (Hechos 4:12).**

Cuando comprendemos plenamente todo lo que Dios ha hecho por nosotros, nuestra única respuesta es el amor por Aquel que hizo posible nuestra libertad y liberación del pecado.

**¿Hay otra manera? (Mateo 26:39).**

**¿Qué era lo que Cristo despreciaba tanto como para preguntarle al Padre si había otra manera?**

Creo que la razón era más que la humillación del Hijo de Dios a manos de hombres malvados y más que el dolor que sufriría durante la crucifixión. Lo que era realmente diferente era que Cristo estaba manchado con tu pecado y el mío. Cuando luchamos contra el pecado, buscamos la santidad y la liberación de los pensamientos y acciones pecaminosos. Como cristianos, nuestra lucha contra el pecado se libra en tres campos de batalla diferentes, todos al mismo tiempo: el sistema mundial en el que vivimos, nuestra naturaleza pecaminosa y nuestro adversario, el diablo, junto con sus demonios. El autor de la carta a los Hebreos habló de la tentación a la que todos nos enfrentamos, diciendo que, por mucho que luchemos, no se acerca ni remotamente a la lucha invisible a la que

se enfrentó Jesús aquella noche. «En vuestra lucha contra el pecado, aún no habéis resistido hasta el punto de derramar vuestra sangre» (Hebreos 12:4).

Nos resulta difícil ser santos porque nuestra tendencia natural, nuestra naturaleza por defecto, se inclina hacia el pecado. Sin embargo, para nuestro Señor Jesús fue completamente diferente. Él nunca había experimentado el pecado y siempre fue santo, ya que nació de una virgen por medio del Espíritu Santo. Cristo no fue concebido de la manera habitual; por lo tanto, no heredó una naturaleza pecaminosa. Jesús permaneció libre de pecado durante toda su vida, muriendo como un Cordero inocente por nosotros y como nosotros. El apóstol Pedro estuvo con Jesús durante más de tres años y habló de Cristo diciendo: «Él no cometió pecado, y en su boca no se halló engaño» (1 Pedro 2:22). Como ser santo, Dios encarnado, la lucha de Cristo aquel día en el huerto fue asumir el pecado y convertirse en su encarnación viviente. Su esfuerzo no fue contra el pecado, sino para convertirse en pecado cuando cada fibra de su ser santo clamaba contra él. «Tus ojos son demasiado puros para aprobar el mal, y no puedes mirar con favor la maldad» (Habacuc 1:13).

Su tendencia natural, es decir, cada impulso de su ser divino, era odiar el pecado, pero tuvo que asumir el pecado para hacernos santos. ¡Cuán hermoso es su amor! «Al que no conoció pecado, por nosotros *lo hizo pecado*, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21). La tentación a la que se enfrentó fue abandonar el plan del Padre y escapar de «beber la copa». Con cada parte de su santo ser aborreciendo el pecado, tuvo que abrazar el pecado, todo el pecado de todos los tiempos y de toda la raza humana. Los peores pecados serían puestos sobre Él como el Cordero expiatorio de Dios, tal como el sumo sacerdote en el Día de la Expiación ponía sus manos sobre el animal que iba a ser sacrificado por los pecados de la nación; así, el plan del Padre era que Jesús «llevara» todos los pecados que tú y yo hemos cometido, no solo los del presente, sino también los del pasado y los del futuro. Por eso Cristo clamó desde la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46).

A lo largo de todo esto, Jesús se mantuvo inquebrantable en su obediencia al Padre. Lo que parecía una derrota a los ojos de los hombres e incluso de sus seres más queridos en la tierra, fue la victoria más significativa jamás obtenida sobre el pecado y la muerte. Paul Billheimer, en su excelente libro *Destined for the Throne* (Destinado al trono), escribe:

En su esfuerzo por obligar a Jesús a rebelarse contra su Padre celestial y transferir su lealtad a él mismo, Satanás empujó a Jesús hasta la muerte, «incluso la muerte en la cruz». Cuando por fin Jesús inclinó la cabeza en agonía mortal y entregó su espíritu sin fallar ni una sola vez en su sumisión al Padre celestial, Satanás fue vencido. Debido a que el gran propósito de Satanás en todo lo que hizo era producir un pequeño pensamiento de rebelión contra el Padre, cuando Jesús no cedió a esa presión, Él venció, aunque al hacerlo, murió.

Cuando se evalúan adecuadamente los resultados del Calvario, se ve lo que realmente son: *el triunfo de los siglos*. Cuando Jesús murió sin fallar en el más mínimo detalle, su muerte no solo derrotó el propósito de Satanás de obtener un derecho sobre él, sino que también anuló todos los derechos legales de Satanás sobre la tierra y toda la raza humana. Según la jurisprudencia universal, cuando un hombre comete un asesinato, queda sujeto a la pena de muerte. Un asesino condenado pierde su propia vida. Se destruye a sí mismo. Cuando

Satanás consiguió la muerte de Jesús, se convirtió, por primera vez en su larga historia, en un asesino.

El que tenía «el poder de la muerte» había matado a millones de personas con impunidad desde la caída de Adán, porque tenía el derecho legal de hacerlo. Como propietario de esclavos, Satanás tenía el título legal sobre Adán y su descendencia. Podía hacer con ellos lo que quisiera. Pero «el que tenía el poder de la muerte» y lo había ejercido sobre incontables millones con total inmunidad, ahora cometió el error más colosal de toda su diabólica carrera... se ganó la sentencia de muerte.<sup>4</sup>

¿Alguna vez has entregado tu voluntad a Dios? ¿Tu voluntad está en tus manos o en las del Señor? El famoso jugador de críquet inglés C. T. Studd nació en una familia rica y privilegiada en la década de 1870. Recibió la mejor educación que el dinero podía comprar, asistió a la Universidad de Cambridge, donde se convirtió en capitán del equipo nacional inglés de críquet. C. T. Studd era considerado el mejor jugador de críquet de Inglaterra. Lo tenía todo a su favor, incluida una considerable fortuna heredada de su padre al morir este. Sin embargo, Dios tenía un plan diferente para él que la riqueza en este mundo. Asistió a una charla de D. L. Moody sobre Cristo y entregó su vida al Señor. Decidió renunciar a sus propiedades y su fortuna para dedicarse a la obra misionera, viajando incluso a China, India y África. Muchos consideraron que esa decisión era imprudente y una gran pérdida de talento y capacidad. Sin embargo, para Studd y los otros seis que se unieron a él, era una oportunidad para aprovechar al máximo sus dones. Entregaron su voluntad al llamado y los propósitos de Dios. «No se haga mi voluntad, sino la tuya». C. T. Studd dijo una vez:

Si Jesucristo es Dios y murió por mí, entonces ningún sacrificio es demasiado grande para mí por Él.

En diferentes momentos en los que he estado cerca de la muerte, me he dado cuenta de que no soy yo quien controla el día en que moriré, ¡sino Jesús! Cristo podría haber elegido una salida más fácil pidiendo ayuda a sus ángeles, pero no lo hizo. Aceptó la copa de la ira que nosotros merecíamos.

### **Jesús arrestado**

Con una imagen completa de lo que sucedió en Getsemaní, leamos ahora el relato de Juan sobre el arresto de Cristo.

<sup>1</sup>Cuando terminó de orar, Jesús se fue con sus discípulos y cruzó el valle de Cedrón. Al otro lado había un huerto, y él y sus discípulos entraron en él. <sup>2</sup>Judas, el que lo traicionó, conocía el lugar, porque Jesús se reunía allí a menudo con sus discípulos. <sup>(3)</sup> Judas llegó al huerto con un destacamento de soldados y algunos oficiales de los principales sacerdotes y fariseos. Llevaban antorchas, linternas y armas. <sup>(4)</sup> Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, salió y les preguntó: «¿A quién buscáis?». <sup>(5)</sup> «A Jesús de Nazaret», respondieron. «Yo soy», dijo Jesús. (Y Judas, el traidor, estaba allí con ellos). <sup>(6)</sup> Cuando Jesús dijo: «Yo soy», retrocedieron y cayeron al suelo. <sup>(7)</sup> De nuevo les preguntó: «¿A quién buscáis?». «A

<sup>4</sup> Paul E. Billheimer, *Destined For The Throne*, Bethany House Publishers, edición revisada de 1996, páginas 80-81.

Jesús de Nazaret», respondieron. <sup>(8)</sup> Jesús les contestó: «Ya os he dicho que yo soy. Si me buscáis a mí, dejad que estos se vayan». <sup>(9)</sup> Esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». <sup>(10)</sup> Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó y hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. (El siervo se llamaba Malco). <sup>(11)</sup> Jesús dijo a Pedro: «¡Guarda tu espada! ¿Acaso no voy a beber la copa que el Padre me ha dado?». <sup>(12)</sup> Entonces la tropa de soldados con su comandante y los oficiales judíos arrestaron a Jesús. Lo ataron <sup>(13)</sup> y lo llevaron primero a Anás, que era el suegro de Caifás, el sumo sacerdote de aquel año. <sup>(14)</sup> Caifás era quien había aconsejado a los líderes judíos que sería bueno que un solo hombre muriera por el pueblo (Juan 18:1-14).

Judas sabía dónde solía dormir Jesús por la noche, así que llevó un destacamento de soldados romanos y oficiales de la jerarquía religiosa. La palabra griega *speira*, traducida como «destacamento», se refiere a un subgrupo específico de soldados romanos enviados desde la fortaleza de Antonia, en el lado noroeste del Monte del Templo, donde Pilato tenía su residencia y la guarnición romana. Este subgrupo estaba formado por 450 combatientes, además de la guardia del templo enviada por los sumos sacerdotes y los fariseos. Algunos han estimado que podría haber habido hasta 600 soldados.

¿Por qué tantos? Probablemente porque esperaban una pelea y pensaban que podría haber más discípulos de Cristo en el jardín con Él. Quizás llevaron linternas porque esperaban que Jesús iera esconderse. El Señor no esperó a que vinieran a buscarlo; tomó la iniciativa. Salió del jardín hacia ellos (Juan 18:4). Su preocupación era por sus discípulos, para que su oración de protección en Juan 17 fuera respondida durante el arresto. Él tenía el control de toda la situación. Les preguntó: «¿A quién buscáis?». <sup>(5)</sup> «A Jesús de Nazaret», respondieron ellos. «Yo soy», dijo Jesús (y Judas, el traidor, estaba allí con ellos). <sup>(6)</sup> Cuando Jesús dijo: «Yo soy», retrocedieron y cayeron al suelo» (Juan 18:4-6).

Estos soldados llegaron armados con espadas y palos, preparados para la lucha. Los soldados romanos eran conocidos por su valentía y rara vez caían al suelo con facilidad. Imaginemos la escena: este numeroso grupo se derrumbó ante la poderosa presencia del Señor. Cuando Jesús pronunció la forma griega del nombre de Dios, «YO SOY» (*egō eimi*), los soldados romanos cayeron al suelo. (La palabra «Él» no aparece en el texto griego original y ha sido añadida por los traductores para que la frase resulte más natural en inglés).

Repetidamente en el Libro de Juan, vemos a Jesús añadiendo el nombre de Dios a varios aspectos de su carácter, como «Yo soy la puerta», «Yo soy el buen pastor», «Yo soy la luz del mundo» y «Yo soy el camino», entre otros. Esto fue una demostración de poder sobrenatural ante estos soldados. Jesús les estaba mostrando a los soldados que se entregaba voluntariamente a sus manos y que no estaba siendo capturado por la fuerza. Qué escena tan impactante debió de ser: cientos de hombres aterrorizados por un solo hombre y sus once discípulos, de los cuales solo uno utilizó una espada para defenderse. Jesús les preguntó dos veces: «¿A quién buscáis?» (vv. 4-7), antes de asegurar la liberación de sus discípulos. Juan nos dice que, en ese momento, Pedro desenvainó su espada corta y le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote.

<sup>10</sup>Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó y hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. (El siervo se llamaba Malco). <sup>11</sup>Jesús dijo a Pedro: «¡Guarda tu espada! ¿No voy a beber la copa que el Padre me ha dado?» (Juan 18:10-11).

Con su habitual precipitación, Pedro blandió su espada contra Malco, el siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja. ¿Por qué los 450 soldados no atacaron a Pedro y a los discípulos después de la acción impulsiva de Pedro? Aunque las Escrituras no son claras en este punto, parece que la presencia del Señor inquietó a los soldados. Una vez más, Jesús mantuvo el control total de la situación, recordándole a Pedro que debía suceder así (v. 11) y que Él debía beber la copa del sufrimiento para quitar el pecado de todas las personas. La curación de la oreja de Malco fue instantánea. No fue necesario buscar la oreja con linternas, ni se necesitaron vendajes. Lucas nos dice que Jesús tocó la oreja de Malco y la restauró milagrosamente: «**Tocó la oreja del hombre y lo sanó**» (Lucas 22:51). Me pregunto si Malco encontró su oreja cortada después en la tierra, cuando se llevaron a Jesús.

Mateo escribió que Jesús dijo que tenía que ser así:

<sup>53</sup> ¿Creéis que no puedo llamar a mi Padre, y él pondrá a mi disposición más de doce legiones de ángeles? <sup>54</sup> Pero entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras que dicen que debe suceder así? (Mateo 26:53-54).

Cristo no huyó, sino que siempre mantuvo el control al enfrentarse a los soldados armados.

¿Alguna vez te has enfrentado a una situación que ponía en peligro tu vida? ¿Cómo respondiste y cómo cambió tu visión de la vida?

No sabemos adónde nos llevará el camino cuando respondemos a las situaciones con palabras como «Hágase tu voluntad». Responder de esta manera puede ser un reto, porque nunca sabemos cómo nos guiará Dios o adónde nos llevará como creyentes, pero hay una paz que sobrepasa todo entendimiento cuando ponemos nuestra vida y nuestra voluntad en Sus manos.

Muchos de ustedes se encuentran en la encrucijada de Getsemaní. La gran pregunta es sobre la sumisión a la voluntad de Dios: ¿Renunciarán a su propia voluntad y pondrán su vida en Sus manos? La Palabra de Dios nos dice:

*Fijemos nuestros ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba soportó la cruz, menospreciando su vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios (Hebreos 12:2).*

Oración: Gracias por la decisión que tomaste en Getsemaní, Señor. Miraste hacia adelante y nos viste a cada uno de nosotros, y el gozo llenó tu corazón, lo que te fortaleció para lo que soportaste. Ayúdanos a poner nuestra voluntad y nuestras vidas en tus manos y a confiar en ti. Amén.

Keith Thomas  
[www.groupbiblestudy.com](http://www.groupbiblestudy.com)  
 Facebook: keith.thomas.549

Correo electrónico: [keiththomas@groupbiblestudy.com](mailto:keiththomas@groupbiblestudy.com)  
YouTube: <https://www.youtube.com/@keiththomas7/videos>